

LA RESPUESTA DE RENÉ DESCARTES

Reseña biográfica



Descartes nació en La Haya, aldea de la Touraine, el 31 de mayo de 1596. Era de familia de magistrados, nobleza de toga. Su padre fue consejero en el Parlamento de Rennes, y el amor a las letras era tradicional en la familia. [...] Muy niño entró en el colegio de la Flèche, que dirigían los jesuitas. Allí recibió una sólida educación clásica y filosófica. [...]

El curso de filosofía duraba tres años. El primero se dedicaba al estudio de la lógica de Aristóteles [...] y los diez libros de la *Moral*. En el segundo año se estudiaban la *Física* y las *Matemáticas*; en el tercer año se daba la *Metafísica*. Las lecciones se dividían en dos partes: primero el maestro dictaba y explicaba Aristóteles o Santo Tomás; luego proponía ciertas *cuestiones* sacadas del autor y susceptibles de diferentes interpretaciones. [...]

Salió Descartes de la Flèche, terminados sus estudios, en 1612, con un vago, pero firme, propósito de buscar en sí mismo lo que en el estudio no había podido encontrar. Este es el rasgo renacentista que mantiene y sustenta toda la peculiaridad de su pensar. Hallar en el propio

entendimiento, en el yo, las razones últimas y únicas de sus principios, tal es lo que Descartes se propone. Toda su psicología de investigador está encerrada en estas frases del *Discurso del Método*: «Y no me precio tampoco de ser el primer inventor de mis opiniones, sino solamente de no haberlas admitido ni porque las dijera otros ni porque no las dijera, sino sólo porque la razón me convenció de su verdad.»

Después de pasar ocioso unos años en París, deseó recorrer el mundo. [...] Entró al servicio del príncipe Guillermo de Nassau. [...] Guerreó en Alemania y Holanda; sirvió bajo el duque de Baviera; recorrió los Países Bajos, Suecia, Dinamarca. Refiérenos en el *Discurso del Método* cómo en uno de sus viajes comenzó a comprender los fundamentos del nuevo modo de filosofar. [...] Tuvo visiones y oyó una voz celeste que le encomendaba la reforma de la filosofía; hizo el voto, que cumplió más tarde, de ir en romería a Nuestra Señora de Loreto. Permaneció en París dos años; asistió, como voluntario del ejército real, al sitio de la Rochela y, en 1629, dio fin a este segundo período de su vida de soldado *diletante*, viajero y observador.

Decidió consagrarse definitivamente a la meditación y al estudio. [...] Sentía que no era Francia el más cómodo y libre lugar para especulaciones filosóficas, y, con certero instinto, se recluyó en Holanda. Vivió veinte años en este país, variando su residencia a menudo, oculto, incógnito, eludiendo la ociosa curiosidad de amigos oficiosos e importunos. Durante estos veinte años escribió y publicó sus principales obras: *El Discurso del Método*, en 1637; las *Meditaciones metafísicas*, en 1641 (en 1647 se publicó la traducción francesa, revisada por Descartes); los *Principios de la filosofía*, en 1644 (en latín primero, y luego, en 1647, en francés); el *Tratado de las pasiones humanas*, en 1650.

Su nombre fue pronto celeberrimo y su persona y su doctrina pronto fueron combatidas. Uno de los adeptos del cartesianismo, Leroy, empezó a exponer en la Universidad de Utrecht los principios de la filosofía nueva. Protestaron violentos los peripatéticos, y emprendieron una cruzada contra Descartes. El rector Voetius acusó a Descartes de ateísmo y de calumnia. Los magistrados intervinieron, mandando quemar por el verdugo los libros que contenían la infame doctrina. La intervención del embajador de Francia logró detener el proceso. Pero Descartes hubo de escribir y solicitar en defensa de sus opiniones, y aunque al fin y al cabo obtuvo reparación, esta lucha cruel, tan contraria a su modo de ser pacífico y tranquilo, acabó por hastiarle y disponerle a aceptar los ofrecimientos de la reina Cristina de Suecia.

Llegó a Estocolmo en 1649. Fue recibido con los mayores honores. La corte toda se reunía en la biblioteca para oírle disertar sobre temas filosóficos, de física o de matemáticas. Poco tiempo gozó Descartes de esta brillante y tranquila situación. En 1650, al año de su llegada a Suecia, murió, acaso por no haber podido resistir su delicada constitución los rigores de un clima tan rudo. Tenía cincuenta y tres años.

En 1667 sus restos fueron trasladados a París. Comenzó entonces una fuerte persecución contra el cartesianismo. El día del entierro se disponía el P. Lallemand, canciller de la Universidad, a pronunciar el elogio fúnebre del filósofo, cuando llegó una orden superior prohibiendo que se dijera una palabra. Los libros de Descartes fueron incluidos en el índice. Los jesuitas incitaron la Sorbona contra Descartes, y pidieron al Parlamento la proscripción de su filosofía.

Después de la muerte del filósofo, se publicaron: *El mundo, o tratado de la luz* (París, 1677). *Cartas de Renato Descartes sobre diferentes temas* (París, 1667). En la edición de las obras póstumas de Ámsterdam (1701), se publicó por vez primera el tratado inacabado: *Regulæ ad directionem ingenii*, importantísimo para el conocimiento del método.

Manuel García Morente, "Vida de Descartes".

Análisis de los cimientos en que se apoya todo conocimiento



Ya me percaté hace algunos años de cuántas opiniones falsas admití como verdaderas en la primera edad de mi vida y de cuán dudosas eran las que después construí sobre aquéllas, de modo que era preciso destruirlas de raíz para comenzar de nuevo desde los cimientos si quería establecer alguna vez un sistema firme y permanente. [...] Por tanto, me he procurado un reposo tranquilo en apartada soledad, con el fin de dedicarme en libertad a la destrucción sistemática de mis opiniones. [...]

Para ello no me será preciso examinarlas una por una, lo que constituiría un trabajo infinito, sino que atacaré los principios mismos en los que se apoya todo lo que creí en un tiempo, ya que, excavados los cimientos, se derrumba al momento lo que está por encima edificado.

Todo lo que hasta ahora he admitido como absolutamente cierto lo he percibido de los sentidos o por los sentidos; he descubierto, sin embargo, que éstos engañan de vez en cuando y es prudente no confiar nunca en aquellos que nos han engañado aunque sólo haya sido por una sola vez. Con todo, aunque a veces los sentidos nos engañan en lo pequeño y en lo lejano, quizás hay otras cosas de las que no se puede dudar aun

cuando las recibamos por medio de los mismos, como, por ejemplo, que estoy aquí, que estoy sentado junto al fuego, que estoy vestido con un traje de invierno, que tengo este papel en las manos y cosas por el estilo. ¿Con qué razón se puede negar que estas manos y este cuerpo sean míos? A no ser que me asemeje a los locos, [...] que aseveran en todo momento que son reyes, siendo en realidad pobres, o que están vestidos de púrpura, estando desnudos, o que tienen una jarra en vez de cabeza, o que son unas calabazas, o que están creados de vidrio. [...]

Perfectamente, como si yo no fuera un hombre que suele dormir por la noche e imaginar en sueños las mismas cosas y a veces, incluso, menos verosímiles que esos desgraciados cuando están despiertos. ¡Cuán frecuentemente me hace creer el reposo nocturno lo más trivial, como, por ejemplo, que estoy aquí, que llevo puesto un traje, que estoy sentado junto al fuego, cuando en realidad estoy echado en mi cama después de desnudarme! Pero ahora veo ese papel con los ojos abiertos, y no está adormilada esta cabeza que muevo, y consciente y sensiblemente extendiendo mi mano, puesto que un hombre dormido no lo experimentaría con tanta claridad; como si no me acordase de que he sido ya otras veces engañado en sueños por los mismos pensamientos. Cuando doy más vueltas a la cuestión veo sin duda alguna que estar despierto no se distingue con indicio seguro del estar dormido. [...]

Pues bien: soñemos, y que no sean, por tanto, verdaderos esos actos particulares; como, por ejemplo, que abrimos los ojos, que movemos la cabeza, que extendemos las manos; pensemos que quizá ni tenemos tales manos ni tal cuerpo. Sin embargo, se ha de confesar que han sido vistas durante el sueño como unas ciertas imágenes pintadas que no pudieron ser ideadas sino a la semejanza de cosas verdaderas y que, por lo tanto, estos órganos generales (los ojos, la cabeza, las manos, etc.) existen, no como cosas imaginarias, sino verdaderas; puesto que los propios pintores ni aun siquiera cuando intentan pintar las sirenas y los sátiros con las formas más extravagantes posibles, pueden crear una naturaleza nueva en todos los conceptos, sino que entremezclan los miembros de animales diversos; incluso si piensan algo de tal manera nuevo que nada en absoluto haya sido visto que se le parezca ciertamente, al menos deberán ser verdaderos los colores con los que se componga ese cuadro. De la misma manera, aunque estos órganos generales puedan ser imaginarios, se habrá de reconocer al menos otros verdaderos más simples y universales, de los cuales como de colores verdaderos son creadas esas imágenes de las cosas que existen en nuestro conocimiento, ya sean falsas, ya sean verdaderas.

A esta clase parece pertenecer la naturaleza corpórea en general en su extensión, al mismo tiempo que la figura de las cosas extensas, la cantidad o la magnitud y el número de las mismas, el lugar en que estén, el tiempo que duren, etc.

En consecuencia, deduciremos quizá sin errar de lo anterior que la física, la astronomía, la medicina y todas las demás disciplinas que dependen de la consideración de las cosas compuestas, son ciertamente dudosas, mientras que la aritmética, la geometría y otras de este tipo, que tratan sobre las cosas más simples y absolutamente generales, sin preocuparse de si existen en realidad en la naturaleza o no, poseen algo cierto e indudable, puesto que, ya esté dormido, ya esté despierto, dos y tres serán siempre cinco y el cuadrado no tendrá más que cuatro lados; y no parece ser posible que unas verdades tan obvias incurran en sospecha de falsedad.

No obstante, está grabada en mi mente una antigua idea, a saber, que existe un Dios que es omnipotente y que me ha creado tal como soy yo. Pero, ¿cómo puedo saber que Dios no ha hecho que no exista ni tierra, ni magnitud, ni lugar, creyendo yo saber, sin embargo, que todas esas cosas no existen de otro modo que como a mí ahora me lo parecen? ¿E incluso que, del mismo modo que yo juzgo que se equivocan algunos en lo que creen saber perfectamente, así me induce Dios a errar siempre que sumo dos y dos o cuento los lados del cuadrado o realizo cualquier otra operación si es que se puede imaginar algo más fácil todavía? Pero quizá Dios no ha querido que yo me engañe de este modo, puesto que de él se dice que es sumamente bueno; ahora bien, si repugnase a su bondad haberme creado de tal suerte que siempre me equivoque, también parecería ajeno a la misma permitir que me engañe a veces; y esto último, sin embargo, no puede ser afirmado. [...]

Supondré, pues, que no un Dios óptimo, sino algún genio maligno de extremado poder e inteligencia pone todo su empeño en hacerme errar. [...]



Un no sé quién engañador no podrá nunca conseguir que yo no exista mientras yo siga pensando que soy algo

Hay un no sé quién engañador sumamente poderoso, sumamente listo, que me hace errar siempre a propósito. Sin duda alguna, pues, existo yo también, si me engaña a mí; y por más que me engañe, no podrá nunca conseguir que yo no exista mientras yo siga pensando que soy algo. De manera que, una vez sopesados escrupulosamente todos los argumentos, se ha de concluir que siempre que digo «Yo soy, yo existo» o lo concibo en mi mente, necesariamente ha de ser verdad. [...] El pensamiento existe, y no puede serme arrebatado; yo soy, yo existo: es manifiesto. Pero, ¿por cuánto tiempo? Sin duda, en tanto que pienso, puesto que aún podría suceder, si dejase de pensar, que dejase yo de existir en absoluto. [...]

Conozco que existo; me pregunto ahora: ¿quién soy yo? Es indudable que este concepto, tomado estrictamente así, no depende de las cosas que todavía no sé si existen, y por lo tanto de ninguna de las que me figuro en mi imaginación, puesto que imaginar no es otra cosa que contemplar la figura o la imagen de una cosa corpórea. [...]

No puede ser que tenga en mí la idea de dios, si dios no existe también en realidad

El orden de mi trabajo me obliga a distribuir todos mis pensamientos en diversos géneros, y a averiguar en cuáles hay propiamente verdad o falsedad. [...] En lo que se refiere a las ideas que representan a los demás hombres, a los animales o a los ángeles, veo fácilmente que han podido ser creadas de las ideas que tengo de mí mismo. [...] Respecto a las cosas que aparecen en las ideas de los seres corporales, hay algunas, a saber, la sustancia, la duración, el número, que me parece que las he podido tomar de la idea de mí mismo, puesto que cuando pienso que la piedra es una sustancia [...] y que yo soy también una sustancia, [...] parecen sin embargo convenir ambos en lo que se refiere a la sustancia. [...]

Por lo tanto, sólo queda la idea de Dios, en la que se ha de considerar si es algo que no haya podido proceder de mí mismo. Bajo la denominación de Dios comprendo una sustancia infinita, independiente, que sabe y puede en el más alto grado, y por la cual he sido creado yo mismo con todo lo demás que existe, si es que existe algo más. Todo lo cual es de tal género que cuanto más lo considero, tanto menos parece haber podido salir sólo de mí. De lo que hay que concluir que Dios necesariamente existe. Porque aun cuando exista en mí la idea de sustancia por el mismo hecho de que soy sustancia, no existiría la idea de sustancia infinita, siendo yo finito, si no procediese de alguna sustancia infinita en realidad. [...]

Resta tan sólo examinar de qué modo he recibido esta idea de Dios, porque ni la he recibido con los sentidos, ni ha sido imaginada por mí. [...] No es de extrañar que Dios, al crearme, haya puesto en mí esa idea, como el signo del artifice impreso en su obra. Sólo del hecho de que Dios me haya creado, es muy verosímil que haya sido hecho en cierto modo a su imagen y semejanza, y esa semejanza, en la que está contenida la idea de Dios, la percibo por la misma facultad con que me percibo a mí mismo: es decir, cuando concentro mi atención en mí, no solamente considero que soy una cosa incompleta y dependiente de otra [...] sino que también reconozco que aquel de quien dependo posee estas cosas mayores no en potencia, sino en realidad, y que, por tanto, es Dios. Toda la fuerza del argumento reside en admitir que no puede ser que yo exista teniendo en mí la idea de Dios, si Dios no existiera también en realidad. [...]

René Descartes, "Meditaciones metafísicas".

LA RESPUESTA DE JOHN LOCKE

Reseña biográfica



John Locke nació en Wrington, cerca de Bristol, el 29 de agosto de 1632, en una familia protestante. Su padre, un modesto abogado, luchó en favor del Parlamento durante la Guerra Civil de la década de 1640. Recibió sus primeras enseñanzas en su domicilio hasta 1646, año en que ingresó en la escuela de Westminster, en la que permaneció seis años.

En 1652 ingresó en el Christ Church, una de las más prestigiosas instituciones académicas de Inglaterra. La educación en Oxford estaba bajo el predominio de la escolástica aristotélico-tomista. Allí estudió filosofía, retórica, gramática, geometría, latín y griego. Además, se interesó por la física y la química (ayudó a su amigo Robert Boyle, fundador de la química moderna, en la preparación de un libro), así como por la medicina (estudiando con un eminente médico, Thomas Sydenham). Recibió el título de "Bachiller en artes" en 1656 y el de "Maestro en artes" dos años más tarde.

Finalizados sus estudios permaneció en el Christ Church, impartiendo clases como lector de griego y profesor de retórica. Sus principales intereses en esa época eran las ciencias naturales. En sus "Ensayos sobre la ley natural", escritos en 1660, rechazó la tesis de René Descartes de las ideas innatas, insistiendo en que todo lo que conocemos es derivado de la experiencia.

En 1661 escribió dos ensayos sobre el gobierno, publicados por primera vez en 1961. En ellos aparece como un decidido antirrevolucionario, justificando ideológicamente la Restauración. Estaba convencido de que la mayor amenaza a la sociedad provenía de la masa ingobernable, y de que para controlarla se necesitaba de un gobierno absoluto al que no era legítimo resistirse. El poder del gobierno no puede estar limitado, pues los gobernantes sólo responden a dios.

En 1667 entró al servicio de Lord Ashley, quien lo contrató como tutor de su hijo y médico de la casa, invitándolo a vivir en su residencia. Ese año escribió un ensayo en el que, en contraste con su pensamiento anterior, consideraba que un súbdito estaba justificado al no obedecer a un magistrado si éste le ordenaba realizar algo pecaminoso.

En 1668 se convirtió en miembro de la *Royal Society of London for the Improvement of Natural Knowledge*, lo cual le permitió estar al tanto de los últimos avances científicos. Ese mismo año obtuvo un puesto como secretario de los Lords propietarios de Carolina, una colonia en el norte de América, gobernada por Ashley. Escribió una constitución para ella en 1669, en la cual solamente los grandes propietarios tendrían derecho al voto y a ser elegidos en el Parlamento, prohibiéndose a cualquier siervo o su descendencia abandonar la tierra de su señor "hasta el fin de las generaciones".

Ashley fue nombrado Conde de Shaftesbury en 1672 y luego Lord Canciller, expresando una continua hostilidad hacia Francia, el absolutismo y el catolicismo. Fue echado de su puesto en 1673. Locke volvió entonces a Oxford, donde terminó sus estudios de Medicina, y fue posteriormente a Francia, donde vivió de 1675 a 1680, recibiendo, sobre todo, el influjo de Pierre Gassendi (que criticaba la filosofía escolástica, rechazaba los elementos excesivamente especulativos de Descartes y proponía el retorno a las doctrinas epicúreas en cuanto a la experiencia sensorial y el atomismo naturalista).

A su regreso a Inglaterra volvió a entrar al servicio de Ashley, colaborando en la redacción de panfletos para rechazar la posibilidad de que se reinstalara la monarquía absoluta en Inglaterra por un pacto secreto entre Carlos II y Luis XIV de Francia. Carlos II disolvió el Parlamento en 1681 y Ashley fue acusado de alta traición, exiliándose a Holanda.

Las ideas que Locke pensaba y estaba redactando por entonces le podían valer la pena de muerte, razón por la cual se exilió a Holanda, donde permaneció de 1683 a 1689. En 1685 su nombre apareció en una lista enviada a La Haya de 84 traidores buscados para su extradición por el gobierno inglés, por lo que tuvo que ocultarse y cambiar de nombre y residencia. Durante su estadía en Holanda, su principal tarea fue la publicación anónima de su "Carta sobre la tolerancia" y sus "Dos tratados sobre el gobierno civil", ambos en 1689.

Tras la Revolución de 1686, que llevó al trono a Guillermo de Orange, Locke regresó a Inglaterra, desempeñando varios cargos, entre ellos el de Comisario de Comercio. Nunca volvió a Oxford, dominada por sus enemigos, quienes incluso llegaron, en 1703, a prohibir la lectura de su obra maestra, el *Ensayo*, publicado en 1690.

En 1691 se retiró a Oates, en Essex. Fue visitado por muchos amigos, entre ellos Isaac Newton. Escribió una serie de cartas a Edward Clark en Holanda para aconsejarlo sobre cómo educar a su hijo. Estas cartas serán la base de *Algunos pensamientos sobre la educación*, publicado en 1693. También escribió sobre cuestiones económicas, defendiendo el mercantilismo. Publicó "*La conformidad del cristianismo con la razón*" en 1695, al principio anónimamente: un llamamiento a un cristianismo menos dogmático, que provocó la ira de los ortodoxos. Murió el 28 de octubre de 1704.

José María Fouce, "Biografía de Locke". Tomás Várnagy. "El pensamiento político de John Locke".

No existen las ideas innatas

Nada se presupone más comúnmente que el que haya unos ciertos principios seguros, tanto especulativos como prácticos (pues se habla de ambos), universalmente aceptados por toda la humanidad. De ahí se infiere que deben ser unas impresiones permanentes que reciben las almas de los hombres en su primer ser, y que las traen al mundo con ellas.

Este argumento, sacado de la aceptación universal, tiene en sí este inconveniente: que, aunque fuera cierto que de hecho hubiese unas verdades asentidas por toda la humanidad, eso no probaría que son innatas, mientras haya otro modo de averiguar la forma en que los hombres pudieron llegar a ese acuerdo universal sobre esas cosas que todos aceptan; lo que me parece que puede mostrarse.

El argumento del consenso universal que se ha utilizado para probar los principios innatos, es una demostración de que no existen, porque no hay principio al cual toda la humanidad preste un asentimiento universal. Empezaré con los principios especulativos, ejemplificando el argumento en esos celebrados principios: "toda cosa que es, es" y "es imposible que la misma cosa sea y no sea", que me parece que, entre todos, tendrían el mayor derecho al título de innatos. Disfrutan de una reputación tan sólida de ser principio universal que me parecería extraño que alguien los pusiera en entredicho. Sin embargo, me tomo la libertad de afirmar que esas proposiciones andan tan lejos de tener asentimiento universal, que gran parte de la humanidad ni siquiera tiene noción de ellos.

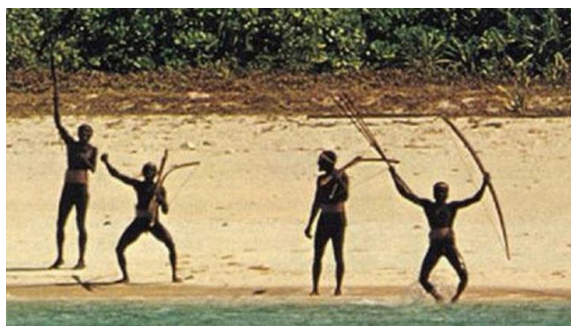


Si, por supuesto, los niños y los idiotas tienen alma, quiere decir que tienen mentes con dichas impresiones, y será inevitable que perciban y que necesariamente conozcan y asientan aquellas verdades; pero como eso no sucede, es evidente que no existen tales impresiones. Porque si no son nociones naturalmente impresas, entonces, ¿cómo pueden ser innatas? Y si efectivamente son nociones impresas, ¿cómo pueden ser desconocidas? [...]

Para evitar esta dificultad, se dice generalmente que todos los hombres conocen esas verdades y les dan su asentimiento cuando alcanzan el uso de razón, lo que es suficiente, continúan, para probar que son innatas. [...] Pero, ¿cómo esos hombres pueden pensar que el uso de la razón es necesario para descubrir principios que se suponen innatos cuando la razón (si hemos de creerles) no es sino la facultad de deducir verdades desconocidas, partiendo de principios o proposiciones ya conocidas? Ciertamente, no puede pensarse que sea innato lo que de la razón requiere para ser descubierto. [...] De manera que hacer que la razón descubra esas verdades así impresas es tanto como decir que el uso de la razón le descubre al hombre lo que ya sabía antes [...] y ello equivale a decir que los hombres las conocen y las desconocen al mismo tiempo. [...]

Si el asentimiento que se concede de inmediato a una proposición cuando se le escucha por vez primera, y cuando se entienden sus términos, puede tenerse por prueba de la existencia de principios innatos, [...] será preciso entonces que se admita que son proposiciones innatas todas aquellas a las que generalmente se concede asentimiento en el momento en que se escuchan. [...] Si se añade a esto que una proposición no puede ser innata a no ser que las ideas que la componen también sean innatas, será necesario suponer que todas las ideas que tenemos de los colores, de los sonidos, de los sabores, de las formas, etc., son innatas; lo cual es totalmente opuesto a la razón y a la experiencia. [...]

La idea de dios no es innata



Si pudiera suponerse innata alguna idea, sería, entre todas y por muchas razones, la idea de Dios la que debiera aceptarse como tal. [...] Aparte de los ateos, mencionados por los antiguos y que se encuentran condenados en los anales de la historia, ¿no ha descubierto, acaso, la navegación naciones enteras, en tiempos más tardíos [...] entre los cuales no se encontró noción alguna ni de un Dios ni de una religión? [...] Estos ejemplos se refieren a naciones en las que la naturaleza ha sido abandonada, sin ningún cultivo, a sus propios recursos, sin contar con el auxilio de las letras, de la disciplina y de los beneficios de las artes y las ciencias. Pero hay otras que, aunque han gozado en una medida muy

considerable de esas ventajas, carecen, sin embargo, de la idea y del conocimiento de Dios. [...] Y si examináramos atentamente las vidas y razonamientos de gente no tan alejada, tendríamos demasiados motivos para pensar que muchos, en países más civilizados, no tienen en la mente una impresión ni muy profunda ni muy clara sobre una divinidad. [...]

[...] Se argumenta que es lógico pensar que conviene imprimir a la bondad divina ciertos rasgos y nociones de deidad en la mente del hombre, [...] para asegurar el acatamiento y la veneración que una criatura tan inteligente como el hombre le debe. [...] ¿Cómo se puede pensar que las ideas que los hombres tienen sobre Dios obedecen a rasgos que el mismo dedo de la divinidad ha grabado en la mente humana, cuando observamos que, en un mismo país, y bajo el mismo nombre, los hombres tienen ideas muy distintas, y aún contrarias e incompatibles, y concepciones diversas acerca de Él? El hecho de que todos coincidan en un nombre o sonido malamente prueba que se trate de una noción innata de Dios.

Todas las ideas vienen de la sensación o de la reflexión



Supongamos, entonces, que la mente sea, como se dice, un papel en blanco, limpio de toda inscripción, sin ninguna idea. ¿Cómo llega a tenerlas? ¿De dónde se hace la mente con ese prodigioso cúmulo, que la activa e ilimitada imaginación del hombre ha pintado en ella, en una variedad casi infinita? ¿De dónde saca todo ese material de la razón y del conocimiento? A esto contesto con una sola palabra: de la experiencia; he allí el fundamento de todo nuestro conocimiento, y de allí es de donde en última instancia se deriva. Las observaciones que hacemos acerca de los objetos sensibles externos o acerca de las operaciones internas de nuestra mente, proveen a nuestro entendimiento de todos los materiales del pensar. [...]

En primer lugar, nuestros sentidos, que tienen trato con objetos sensibles particulares, transmiten respectivas y distintas percepciones de cosas a la mente, según los variados modos en que esos objetos los afectan, y es así como llegamos a poseer esas ideas que tenemos del amarillo, del blanco,

del calor, del frío, de lo blando, de lo duro, de lo amargo, de lo dulce, y de todas aquellas que llamamos cualidades sensibles. [...] A esta gran fuente que origina el mayor número de las ideas que tenemos, puesto que dependen totalmente de nuestros sentidos y de ellos son transmitidas al entendimiento, la llamo sensación. [...]

La otra fuente de donde la experiencia provee de ideas al entendimiento es la percepción de las operaciones interiores de nuestra propia mente al estar ocupada en las ideas que tiene. Cuando el alma reflexiona sobre ellas y las considera, proveen al entendimiento de otra serie de ideas que no podrían haberse derivado de cosas externas: tales son las ideas de percepción, de pensar, de dudar, de creer, de razonar, de conocer, de querer y de todas las diferentes actividades de nuestras propias mentes, de las cuales, puesto que tenemos de ellas conciencia y podemos observarlas en nosotros mismos, recibimos en nuestro entendimiento ideas tan distintas como recibimos de los cuerpos que afectan a nuestros sentidos. Esta fuente de ideas la tiene todo hombre en sí mismo, y aunque no es un sentido, ya que no tiene nada que ver con objetos externos, con todo se parece mucho y puede llamársele con propiedad sentido interno. Pero, así como a la otra la llamé sensación, a ésta la llamo reflexión. [...]

Se llaman "simples" aquellas ideas en cuya recepción la mente sólo permanece pasiva: son las que recibimos de la sensación y la reflexión, de donde la mente no puede crear ni una por sí misma, ni tampoco tener ninguna que no esté formada totalmente por ellas. No obstante, aunque la mente reciba de manera totalmente pasiva todas sus ideas simples, ejerce varios actos por sí misma, mediante los cuales, a partir de estas ideas simples, y tomándolas como materiales y fundamentos del resto, se forman las otras. Los actos de la mente, por los que ésta ejerce su poder sobre las ideas simples, son principalmente estos tres:

1. Combinar varias ideas simples en una compuesta; así se forman todas ideas complejas.
2. El segundo es juntar dos ideas, ya sean simples o complejas, poniéndola una junto a la otra, para poder verlas al tiempo sin haberlas fundido en una; así logra todas sus ideas de relaciones.
3. El tercero es separarlas de todas las otras ideas que las acompañan en su existencia real, a lo que se le llama abstracción; así es cómo se construyen las ideas generales.

Esto demuestra que el poder del ser humano y sus formas de operar son básicamente las mismas en el mundo material y en el intelectual: no teniendo los seres humanos el poder de crear o destruir los materiales de ambos mundos, todo lo que pueden hacer es unirlos, ponerlos unos junto a otros o bien separarlos totalmente.

John Locke, "Ensayo sobre el entendimiento humano".

LA RESPUESTA DE IMMANUEL KANT

Reseña biográfica



Nació en Königsberg en 1724, en una familia pietista. Estudió en el Colegio Federiciano, de 1732 a 1740, dirigido por la personalidad más notable del pietismo: A. Schultz. El pietismo era un movimiento religioso que pretendía la renovación cristiana a través del sentimiento religioso, y no creía necesario someterse a ninguna organización eclesiástica o mantener dogmas.

A partir de 1740 cursó estudios en la Universidad de su ciudad natal. Además del conocimiento y la influencia proveniente de Leibniz a través de Wolff, será influido por M. Knutzen, profesor de lógica y física, que le encaminó al estudio de la mecánica de Isaac Newton y de las matemáticas, la física y la metafísica. Hay que destacar también la influencia de las ideas de la Ilustración, especialmente la alemana.

En el contexto alemán, la razón, siguiendo la tradición racionalista leibniziana, más que un instrumento de análisis es una pieza clave para fundamentar nuestros conceptos, la forma de aplicarlos y, en definitiva, nuestra forma de conocer el mundo exterior. Por ello la razón tiene que examinarse a sí misma para encontrar su propia validez. Ésta será la tarea que realizará Kant.

En la elaboración de su pensamiento suelen distinguirse dos etapas. Se conoce bajo el nombre de período pre-crítico la etapa de la vida intelectual de Kant que va desde sus primeros años de docencia, en 1746, hasta la defensa de la "Disertación sobre la forma y los principios del mundo sensible e inteligible", publicada en 1770. En ella establece la diferencia entre el conocimiento sensible y el conocimiento intelectual. Esta obra fue preparada y redactada para su nombramiento como profesor titular de lógica y metafísica en la Universidad de Königsberg.

Lo característico de este período es el interés por la ciencia y por los problemas de la filosofía. Respecto a ésta considera que lo importante es aprender a filosofar, no aprender filosofía. Para ello es necesario investigar, es decir, acercarse a la naturaleza humana sin prejuicios ni dogmatismo, al igual que pretendía hacerlo Hume.

Se conoce con el nombre de período crítico a la etapa de la vida de Kant que va desde el año 1770 hasta su muerte. En él elabora su filosofía, llamada idealismo trascendental, filosofía crítica o criticismo. La exposición de ésta se inicia con la edición, después de un denso silencio de once años, de la "Crítica de la razón pura" en 1781 (edición A). En ella se analiza el problema de los límites del conocimiento y de la posibilidad de la metafísica como ciencia.

A la "Crítica" seguirá, en 1785, la "Fundamentación de la metafísica de las costumbres", en la que intenta encontrar un fundamento para la moral.

En 1787 publica la segunda edición de la "Crítica de la razón pura" (edición B) y la "Crítica de la razón práctica", en la que trata de la fundamentación de la moral siguiendo un esquema de trabajo similar al de la "Crítica de la Razón Pura", pero en este caso aplicado al uso práctico de la razón. En 1790 publica la "Crítica del juicio", cuyo tema es el juicio estético y el teleológico.

De entre los escritos posteriores cabe destacar "La religión dentro de los límites de la mera razón" (1793), que levantó la polémica. Su contenido fue considerado atentatorio contra el cristianismo y los principios bíblicos por el ministro del rey Federico Guillermo II, Wöllner. La censura le prohibió enseñar materias relacionadas con la religión y Kant aceptó la disposición como «súbdito de su Majestad». Este hecho le afectó tan profundamente que tuvo tentaciones de marcharse de Prusia.

En 1797 publicó "Metafísica de las costumbres" y "Antropología desde un punto de vista pragmático". A la muerte del rey, se restauró la libertad de imprenta y, sintiéndose liberado de su promesa de acatar lo dictado por la censura, escribió "El conflicto de las Facultades" (1798), en la que defendió la libertad de pensamiento y palabra contra las arbitrariedades del despotismo.

A partir de esa fecha los problemas de salud no le permiten mantener el ritmo de trabajo llevado hasta entonces, pero su sistema estaba ya elaborado y expuesto. A los setenta y cuatro años, tuvo que abandonar la universidad por «carecer de fuerzas». Poco a poco se fue debilitando. Aunque siguió trabajando, las obras de esta época no tienen el vigor de las de épocas anteriores. En diciembre de 1803 no podía escribir su nombre, perdía progresivamente el uso de la palabra, la memoria y la vista. Murió el 12 de febrero de 1804.

Caballero, Marcial, Echano, Martínez, Montarelo, Navlet; "Noesis. Historia de la filosofía".

¿Puede la razón aspirar a conocimientos independientemente de toda experiencia?

La razón humana tiene, en una especie de sus conocimientos, el destino particular de verse acosada por cuestiones que no puede apartar, pues le son propuestas por la naturaleza de la razón misma, pero a las que tampoco puede contestar, porque superan las facultades de la razón humana.

En esta perplejidad cae la razón sin su culpa. Comienza con principios, cuyo uso en el curso de la experiencia es inevitable y que al mismo tiempo se halla suficientemente garantizado por ésta. Con ello se eleva (como lo lleva consigo su naturaleza) siempre más arriba, a condiciones más remotas. Pero pronto advierte que de ese modo su tarea ha de permanecer siempre inacabada porque las cuestiones nunca cesan; se ve pues obligada a refugiarse en principios que exceden todo posible uso de la experiencia y que, sin embargo, parecen tan libres de toda sospecha, que incluso la razón humana ordinaria está de acuerdo con ellos. Pero así se precipita en oscuridades y contradicciones; de donde puede concluir que en alguna parte se ocultan recónditos errores, sin poder empero descubrirlos, porque los principios de que usa, como se salen de los límites de toda experiencia, no reconocen ya piedra de toque alguna en la experiencia. El teatro de estas disputas sin término se llama *Metafísica*.

Hubo un tiempo en que esta ciencia era llamada la reina de todas las ciencias y, si se toma el deseo por la realidad, ciertamente merecía tan honroso nombre, por la importancia preferente de su objeto. La moda es ahora mostrarle el mayor desprecio y la matrona gime, abandonada y maltrecha. [...]

Su dominio empezó siendo despótico, bajo la administración de los dogmáticos. Pero como la legislación llevaba aún en sí la traza de la antigua barbarie, se deshizo poco a poco, por guerra interior, en completa anarquía, y los escépticos, especie de nómadas que repugnan a toda construcción duradera, despedazaron cada vez más la ciudadana unión. Mas eran pocos, por fortuna, y no pudieron impedir que aquellos dogmáticos trataran de reconstruirla de nuevo, aunque sin concordar en plan alguno. En los tiempos modernos pareció como si todas esas disputas fueran a acabarse; se creyó que la legitimidad de aquellas pretensiones iba a ser decidida por medio de cierta Fisiología del entendimiento (del célebre Locke). El origen de aquella supuesta reina fue hallado en la plebe de la experiencia ordinaria; su arrogancia hubiera debido, por lo tanto, ser sospechosa, con razón. Pero como resultó sin embargo que esa genealogía, en realidad, había sido imaginada falsamente, siguió la metafísica afirmando sus pretensiones, por lo que vino todo de nuevo a caer en el dogmatismo anticuado y carcomido y, por ende, en el desprestigio de donde se había querido sacar a la ciencia. Ahora, después de haber ensayado en vano todos los caminos (según se cree), reina el hastío y un completo indiferentísimo, madre del Caos y de la Noche en las ciencias, pero también al mismo tiempo origen, o por lo menos prelude, de una próxima transformación e iluminación, si las ciencias se han tornado confusas e inútiles por un celo mal aplicado.



Es inútil querer fingir indiferencia ante semejantes investigaciones, cuyo objeto no puede ser indiferente a la naturaleza humana. Esos supuestos indiferentistas, en cuanto piensan algo, caen de nuevo en aquellas afirmaciones metafísicas, por las cuales ostentaban tanto desprecio, aun cuando piensen ocultarlas, trocando el lenguaje de la escuela por el habla popular. Esa indiferencia empero, que se produce en medio de la prosperidad de todas las ciencias y que ataca precisamente aquella, a cuyos conocimientos —si pudiéramos adquirirlos— renunciaríamos menos fácilmente que a ningunos otros, es un fenómeno que merece atención y reflexión. Es evidentemente el efecto no de la ligereza, sino del juicio maduro de la época, que no se deja seducir por un saber aparente: es una intimación a la razón, para que emprenda de nuevo la más difícil de sus tareas, la del propio conocimiento, y establezca un tribunal que la asegure en sus pretensiones legítimas y que en cambio acabe con todas las arrogancias infundadas, y no por medio de afirmaciones arbitrarias, sino según sus eternas e inmutables leyes. Este tribunal no es otro que la Crítica de la razón pura misma.

Por tal no entiendo una crítica de los libros y de los sistemas, sino de la facultad de la razón en general, respecto de todos los conocimientos a que ésta puede aspirar independientemente de toda experiencia; por lo tanto, la crítica resuelve la posibilidad o imposibilidad de una metafísica en general, y determina, no sólo las fuentes, sino también la extensión y límites de la misma; todo ello, empero, por principios. [...]

En Matemática y Física se producen conocimientos según reglas previas a la experiencia

La matemática y la física son los dos conocimientos teóricos de la razón que deben determinar sus objetos a priori; la primera, con entera pureza; la segunda, con pureza al menos parcial, pero entonces según la medida de otras fuentes cognoscitivas que las de la razón.

La matemática ha marchado por el camino seguro de una ciencia, desde los tiempos más remotos que alcanzan la historia de la razón humana, en el admirable pueblo griego. [...] El primero que demostró el triángulo isósceles (háyase llamado Tales o como se quiera), percibió una luz nueva; pues encontró que no tenía que inquirir lo que veía en la figura o aun en el mero concepto de ella y, por decirlo así, aprender de ella sus propiedades, sino que tenía que producirla, por medio de lo que, según conceptos, él mismo había pensado y expuesto en ella a priori (por construcción), y que para saber seguramente algo a priori, no debía atribuir nada a la cosa, a no ser lo que se sigue necesariamente de aquello que él mismo, conformemente a su concepto, hubiese puesto en ella.

La física tardó mucho más tiempo en encontrar el camino de la ciencia. [...] Cuando Galileo hizo rodar por el plano inclinado las bolas cuyo peso había él mismo determinado; cuando Torricelli hizo soportar al aire un peso que de antemano había pensado igual al de una determinada columna de agua; cuando más tarde Stahl transformó metales en cal y ésta a su vez en metal, sustrayéndoles y devolviéndoles algo, entonces percibieron todos los físicos una luz nueva. Comprendieron que la razón no conoce más que lo que ella misma produce según su bosquejo; que debe adelantarse con leyes constantes, y obligar a la naturaleza a contestar a sus preguntas, y no dejarse conducir como con andadores. [...]

La metafísica, conocimiento especulativo de la razón, que se alza por encima de las enseñanzas de la experiencia mediante meros conceptos, y en donde, por tanto, la razón debe ser su propio discípulo, no ha tenido hasta ahora la fortuna de emprender la marcha segura de una ciencia; a pesar de ser más vieja que todas las demás y a pesar de que subsistiría aunque todas las demás tuvieran que desaparecer enteramente sumidas en el abismo de una barbarie destructora. [...]

Yo debiera creer que los ejemplos de la matemática y de la física, ciencias que, por una revolución llevada a cabo de una vez, han llegado a ser lo que ahora son, serían bastante notables para hacernos reflexionar sobre la parte esencial de la transformación del pensamiento que ha sido para ellas tan provechosa y se imitasen aquí esos ejemplos, al menos como ensayo, en cuanto lo permite su analogía, como conocimientos de razón, con la metafísica. Hasta ahora se admitía que todo nuestro conocimiento tenía que regirse por los objetos; pero todos los ensayos para decidir a priori algo sobre éstos, mediante conceptos, por donde sería extendido nuestro conocimiento, se aniquilaban en esa suposición. Ensáyese, pues, una vez si no adelantaremos más en los problemas de la metafísica, admitiendo que los objetos tienen que regirse por nuestro conocimiento, lo cual concuerda ya mejor con la deseada posibilidad de un conocimiento a priori de dichos objetos, que establezca algo sobre ellos antes de que nos sean dados. Ocurre con esto como con el primer pensamiento de Copérnico, quien, no consiguiendo explicar bien los movimientos celestes si admitía que la masa toda de las estrellas daba vueltas alrededor del espectador, ensayó si no tendría mayor éxito haciendo al espectador dar vueltas y dejando en cambio las estrellas inmóviles. En la metafísica se puede hacer un ensayo semejante por lo que se refiere a la intuición de los objetos. Si la intuición tuviera que regirse por la constitución de los objetos, no comprendo cómo se pueda a priori saber algo de ella. ¿Se rige empero el objeto (como objeto de los sentidos) por la constitución de nuestra facultad de intuición? [...] Entonces veo enseguida una explicación fácil; porque la experiencia misma es un modo de conocimiento que exige entendimiento, cuya regla debo suponer en mí, aún antes de que me sean dados objetos, por lo tanto a priori. [...]

Según este cambio del modo de pensar, puede explicarse muy bien la posibilidad de un conocimiento a priori y, más aún, proveer de pruebas satisfactorias las leyes que están a priori a la base de la naturaleza, como conjunto de los objetos de la experiencia; ambas cosas eran imposibles según el modo de proceder hasta ahora seguido. Pero de esta deducción de nuestra facultad de conocer a priori, en la primera parte de la metafísica, se desprende un resultado extraño y al parecer muy desventajoso para el fin total de la misma, que ocupa la segunda parte, y es a saber: que con esa facultad no podemos salir jamás de los límites de una experiencia posible, cosa empero que es precisamente el fin más importante de esa ciencia. Pero en esto justamente consiste el experimento para comprobar la verdad del resultado de aquella primera apreciación de nuestro conocimiento a priori de razón, a saber: que éste se aplica sólo a los fenómenos y, en cambio considera la cosa en sí misma, si bien efectivamente real por sí, como desconocida para nosotros. [...]



Método para distinguir los conocimientos puros de los empíricos

En todos los juicios en donde se piensa la relación de un sujeto con el predicado [...] es esa relación posible de dos maneras. O el predicado B pertenece al sujeto A como algo contenido (ocultamente) en ese concepto A; o B está enteramente fuera del concepto A, si bien en enlace con el mismo. El primer caso se llama analítico; el otro sintético. [...]

Es por lo menos una cuestión que necesita de una detenida investigación y que no ha de resolverse en seguida, la de si hay un conocimiento independiente de la experiencia y aún de toda impresión de los sentidos. Esos conocimientos se llaman a priori y se distinguen de los empíricos, que tienen sus fuentes a posteriori, a saber, en la experiencia. [...]

Entenderemos por conocimientos a priori no los que tienen lugar independientemente de esta o aquella experiencia, sino absolutamente de toda experiencia. [...] De entre los conocimientos a priori se llaman puros aquellos en los cuales no se mezcla nada empírico. Así, por ejemplo, la proposición 'todo cambio tiene su causa', es una proposición a priori, más no es pura, porque el cambio es un concepto que no puede ser sacado más que de la experiencia.

Se trata aquí de buscar un método por el que podamos distinguir un conocimiento puro de uno empírico. [...] Si se encuentra una proposición que sea pensada al mismo tiempo con su necesidad, es entonces a priori. [...] Si un juicio es pensado con estricta universalidad, entonces no es derivado de la experiencia, sino absolutamente a priori. [...] Es fácil mostrar ahora que hay realmente en el conocimiento humano juicios necesarios y universales. Si se quiere un ejemplo sacado de las ciencias, no hay más que fijarse en todas las proposiciones de la matemática. [...]

Los juicios matemáticos son todos ellos sintéticos. Esta proposición parece haber escapado hasta ahora a los analíticos de la razón humana y hasta hallarse en directa oposición a todas sus sospechas, aunque es cierta irrefutablemente y muy importante en sus consecuencias. Pues habiendo encontrado que las conclusiones de los matemáticos se hacen todas según el principio de contradicción, se persuadieron de que también los principios eran conocidos por el principio de contradicción, en lo cual anduvieron errados, pues una proposición sintética, si bien puede ser conocida por medio del principio de contradicción, no lo es nunca en sí misma, sino sólo presuponiendo otra proposición sintética de la cual pueda ser deducida.

Hay que notar, ante todo, que las proposiciones propiamente matemáticas son siempre juicios a priori y no empíricos, pues llevan consigo necesidad, la cual no puede ser derivada de la experiencia. [...]

Podría pensarse al principio que la proposición $7+5=12$ es meramente analítica, que se sigue del concepto de una suma de 7 y 5. Pero, cuando se considera más de cerca, se encuentra que el concepto de la suma de 7 y 5 no encierra nada más que la reunión de ambos números en uno solo, con lo cual no se piensa de ningún modo cuál sea ese número único que comprende los otros dos. El concepto de doce no es, en modo alguno, pensado ya en la reunión de 7 y 5.



Los fenómenos son intuitos a través de formas a priori de la sensibilidad

Sean cuales quiera el modo y los medios con que un conocimiento se refiera a sus objetos, la referencia inmediata -que todo pensar busca como medio- se llama intuición. Pero ésta no se verifica sino en cuanto el objeto nos es dado. Más esto, a su vez, no es posible [para nosotros hombres, por lo menos], sino mediante que el objeto afecte al espíritu de cierta manera. La capacidad de recibir representaciones (receptividad) por el modo como somos afectados por objetos, se llama sensibilidad. Así, pues, por medio de la sensibilidad nos son dados objetos y ella sola nos proporciona intuiciones; por medio del entendimiento empero son ellos pensados y en él se originan conceptos. Pero todo pensar tiene que referirse en último término, ya directa, ya indirectamente, a intuiciones, por lo tanto, a la sensibilidad, porque ningún objeto puede sernos dado de otra manera.

El efecto de un objeto sobre la capacidad de representación, en cuanto somos afectados por él, es sensación. Aquella intuición que se refiere al objeto por medio de la sensación, se llama empírica. El objeto indeterminado de una intuición empírica, se llama fenómeno.

En el fenómeno, llamo materia a lo que corresponde a la sensación; pero lo que hace que lo múltiple del fenómeno pueda ser ordenado en ciertas relaciones, lo llamo la forma del fenómeno. Como aquello en donde las sensaciones pueden ordenarse y ponerse en una cierta forma, no puede, a su vez, ser ello mismo sensación, resulta que si bien la materia de todos los fenómenos no nos puede ser dada más que a posteriori, la forma de los mismos, en cambio, tiene que estar toda ella ya a priori en el espíritu y, por tanto, tiene que poder ser considerada aparte de toda sensación.

Llamo puras (en sentido trascendental) todas las representaciones en las que no se encuentre nada que pertenezca a la sensación. Según esto, la pura forma de las intuiciones sensibles en general, en donde todo lo múltiple de los fenómenos es intuido en ciertas relaciones, se hallará a priori en el espíritu. Esta forma pura de la sensibilidad se llamará también ella misma intuición pura. Así, cuando de la representación de un cuerpo separo lo que el entendimiento piensa en ella, como sustancia, fuerza, divisibilidad, etc., y separo también lo que hay en ella perteneciente a la sensación, como impenetrabilidad, dureza, color, etc., entonces réstame de esa intuición empírica todavía algo, a saber, extensión y figura. Éstas pertenecen a la intuición pura, la cual se halla en el espíritu a priori y sin un objeto real de los sentidos o sensación, como una mera forma de la sensibilidad.

A la ciencia de todos los principios a priori de la sensibilidad, llamo yo Estética trascendental. Tiene que haber, por tanto, una ciencia semejante, que constituya la primera parte de la doctrina elemental trascendental, en oposición a aquella otra que encierra los principios del pensar puro y se llama lógica trascendental.

Así, pues, en la estética trascendental aislaremos primeramente la sensibilidad, separando de ella todo lo que el entendimiento, con sus conceptos, piensa en ella, para que no nos quede nada más que la intuición empírica. En segundo término, separaremos aún de ésta todo cuanto pertenece a la sensación, para que no nos quede nada más que la intuición pura y la mera forma de los fenómenos, que es lo único que la sensibilidad a priori puede proporcionar.

En esta investigación se hallará que hay, como principios del conocimiento a priori, dos puras formas de la intuición sensible, a saber, espacio y tiempo. [...] Por medio del sentido externo (propiedad de nuestro espíritu) nos representamos objetos como fuera de nosotros y todos ellos en el espacio. En él es determinada o determinable su figura, magnitud y mutua relación. El sentido interno, mediante el cual el espíritu se intuye a sí mismo o intuye su estado interno, no nos da, es cierto, intuición alguna del alma misma como un objeto; pero, sin embargo, es una forma determinada, bajo la cual tan sólo es posible una intuición de su estado interno, de modo que todo lo que pertenece a las determinaciones internas es representado en relaciones de tiempo.

Immanuel Kant, "Crítica de la razón pura".

SENSIBILIDAD + ENTENDIMIENTO =
CONOCIMIENTO DEL OBJETO COMO
FENÓMENO

El ENTENDIMIENTO piensa o juzga el objeto. Sus formas a priori son las categorías.

La RAZÓN sintetiza los datos del entendimiento obteniendo las ideas trascendentales: ALMA, MUNDO Y DIOS

Los libros de metafísica no son científicos

Todo nuestro conocimiento comienza por los sentidos, pasa de éstos al entendimiento y termina en la razón.

I. Kant.

La SENSIBILIDAD intuye el objeto como FENÓMENO. Sus formas a priori son el espacio y el tiempo.

IMPRESIONES SENSIBLES (la materia del conocimiento)

